

# Rumbo a Montejo

Adolfo Castañón

*El poeta venezolano Eugenio Montejo es una voz serena y virtuosa dentro de la poesía latinoamericana. Adolfo Castañón nos ofrece en este texto una ruta para la lectura de este autor que recibió el premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo 2004.*

I

Entre las tantas cosas que la cultura mexicana debe a el escritor y filósofo italo-venezolano que llegó a México a principios de los años cincuenta —Alejandro Rossi— está la persuasión discreta y eficaz de que, más allá de las fronteras movilizadas, existe una red de vasos comunicantes, un sistema sanguíneo americano que, como en las caligrafías de la acupuntura, establece afinidades y consuetudines poco evidentes a primera vista pero necesarias e inevitables una vez que se las identifica. El autor de *Manual del distraído* no viene solo a este cuento de la red hispanoamericana palpitante en México: figuras como Augusto Monterroso, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez hoy, y ayer como Pedro Henríquez Ureña, Salomón de la Selva o Rafael Heliodoro Valle se han venido dando cita y compaginando como otras tantas laboriosas abejas de cristal en los rumbos panales mexicanos.

¿Cuándo leyó el lector mexicano por vez primera un poema del pulcro Eugenio Montejo que nació en Caracas en 1938? Montejo nació por los meses en que veían la luz en México José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Francisco Cervantes y en Chile Oscar Hahn. En algunas antologías se reitera cierta confusión en torno a la ciudad natal de Montejo pues pasó su juventud, se formó y dio a conocer en la venezolana Valencia, ciudad próxima a Guigüe, aldea de mucho calor que se deja sentir en varios de sus poemas. Resignado a esta confusión Eugenio Mo-

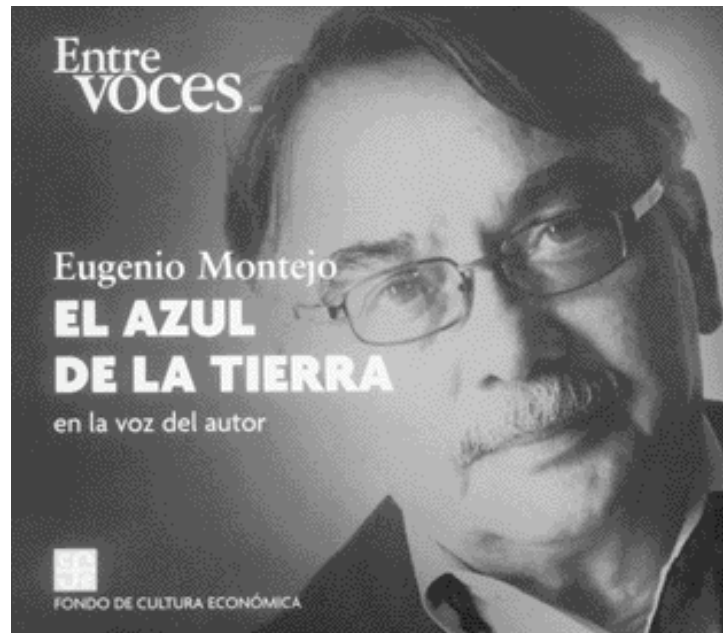
ntejo ha zanjado la cuestión sosteniendo con buen humor que si bien Caracas es su ciudad natal, Valencia es su ciudad prenatal.

El nombre de Eugenio Montejo lo leí por primera vez en *La máscara, la transparencia* (1974), el libro cristalino de Guillermo Sucre. Ahí, su lector coterráneo señalaba que en Montejo se daba una pasión constructiva o constructivista por virtud de la cual cada poema volvía a su punto de partida. De la lectura que hacía entonces Sucre de Montejo se podía desprender la idea o la constatación de que Montejo buscaba hacer de cada poema una obra, una construcción íntegra en sí misma y de su escritura poética un proceso abierto. A esta observación se podría añadir otra: la que atiende una melodía que en filigrana y al sesgo va articulando en su lección lírica este artesano clarividente.

La obra de Eugenio Montejo cuenta no pocos títulos: *Elegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1977), *Terredad* (1978), *Tropico absoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1986), *El azul de la tierra* (1997), *Adiós del siglo XX* (1992), *Partitura de la cigarra* (1999), *Poemas selectos* (2004). Suma, además, una ceñida obra ensayística: *El taller blanco* (1983) donde va poniendo sus cartas de bibliopolita y al sesgo va explayando algunas claves para entender, así sea parcialmente, el milagro de su límpido cancionero. Amén y a más de esta escogida pero incesante producción, está la edición de obras líricas y críticas de los heterónimos que lo acompañan desde

hace años: Eduardo Polo, autor de *Chamario*, Sergio Sandoval, autor de las coplas de *Guitarra del horizonte*, Lino Cervantes, autor de la *Caza del relámpago*, para no hablar de *El cuaderno de Blas Coll* presentado por Eugenio Montejo mismo y del libro firmado por el sueco Tomás Linden: *El hacha de seda*, con prólogo y selección de Eugenio Montejo.

El contrapunto entre cuento y canto, entre fábula y poema alcanza en los poemas de Montejo un acorde armónico, audible pero virtual, debido quizás a que en su voz está timbrando también un ser —o un racimo de seres, una multitud hecha persona— que tiene la debilidad o necesidad de pensar y por ende de disolver los datos de la cultura —por ejemplo el alfabeto en las reflexiones de Blas Coll “ese atrabiliario personaje, impresor de la aldea pesquera de Puerto Malo, enamorado de Góngora y del silencio (que) dedica su vida a la poda de la verbosidad” para citar al español Juan Malpartida— y, más allá, el impulso ineluctable de volver al principio del canto. Va Montejo de la exploración íntima del lugar del canto al trabajo, como un arqueólogo impecable, sobre la geografía —y casi se diría la geología— originaria de la música verbal que salta y asalta al mundo desde esa otra orilla que representa el lenguaje. En el enjambre de voces no siempre unánimes que llamamos Eugenio Montejo corre una cuerda espontánea y casual, casi se diría tradicional, aunque sea popular, que hace al lector pensar en la filiación que su obra bien nacida tiene con ese río subterráneo y a la par manifiesto que es la obra de Antonio Machado. Y atrás con la lírica popular tradicional. Y no es tanto o sólo por la coincidencia de que Blas Coll sea un socrático consanguíneo de Juan de Mairena, sino por cierto timbre, cierta descalza impaciencia de ágil fakir que sabe subir o bajar por las laderas empinadas del incómodo siglo —al menos para el poeta que no se reconoce en él y que desde 1992 ya lo está despidiendo en ese *Adiós al siglo XX*—, donde el tiempo —tema clave en esta obra— se transfigura y revive y divierte con una gran sonrisa necesaria. De Antonio Machado y de Fernando Pessoa, del mexicano Carlos Pellicer y del venezolano Juan Sánchez Peláez, de Manuel Bandeion, de Eliseo Diego, de Álvaro Mutis, de Octavio Paz, de Gonzalo Rojas y de Hernando Valencia Goelkel y siempre de José Bianaño, le viene tal vez a Eugenio Montejo esa sonrisa hospitalaria que invita al lector a salir (o si se quiere a entrar) al jardín decisivo del poema donde el árbol del tiempo arde en frutos que apenas caen y hacen sentir la inconmensurable amplitud de la palabra que lo contiene o nombra y a veces lo desmiente. Por eso no me extrañó saber hace algunos meses que en una película reciente de un escritor y realizador mexicano —Guillermo Arriaga—, apareciese, tal si fuese un personaje, un poema de Eugenio Montejo alrededor del cual empezaba a gravitar toda la historia. Y es que la voz serena y hospitalaria



de Eugenio Montejo puede ser como el fulgor intenso de esas estrellas que saben imponer a la mirada nocturna la geometría de una nueva constelación, el rumbo secreto de un camino inédito. Otros astros que conforman la constelación que dibuja la obra de Eugenio Montejo serían el franco-uruguayo Jules Supervielle, el sueco Gunnar Ekelöf, el checo Vladimír Holan y los brasileños Murilo Mendes y Cassiano Ricardo.

De estatura más bien discreta, Eugenio Montejo es de tez morena, con bigote bien cortado. En sus ademanes y andaduras hay algo de oriental, acaso sea la lentitud eficaz de sus movimientos o esa armonía de su ritmo corpóreo que parece hecha para adivinar la hora en los ojos de los gatos. Sólo eso explica por qué Eugenio Montejo se deja venir sin ser sentido, aflora ahí con una sonrisa tímida como si quisiera excusarse por aparecer tan de repente. Su mirada, entre metálica y aterciopelada, incisiva y clemente, hace juego con el resto comedido y atento de su personalidad secretamente indómita y misteriosa, transparente e irreductible como diamante. Si su presencia impone silencio, en cuanto se va un enjambre de susurros admirativos lo sigue, ponderando su evasivo milagro.

Eugenio Montejo pertenece a esa metálica estirpe venezolana que alía exactitud y elegancia. Su sitio está entre José Antonio Ramos Sucre, el políglota y bibliopolita, y Teresa de la Parra, la amiga incisiva de Miguel de Unamuno. Otras figuras afinan su constelación, y recuerdan al lector que, al decir que Eugenio Montejo es un escritor venezolano, el amanuense que copia estas páginas en el crepúsculo de un domingo en vísperas del Carnaval está pensando en su afinidad radical y originaria con un cierto *lugar de pensamiento*, una cierta ondulación reflexiva:

Eugenio Montejó, al igual que el mencionado Ramos Sucre, sobre cuyas *Formas de fuego* escribió memorablemente al presentar la traducción al portugués de José Bento, al igual que su alto par, el poeta Rafael Cadenas, al igual que el sabio políglota Briceño Guerrero, o que el narrador José Balza, o el narrador y filósofo Alejandro Rossi se hace preguntas constantes en torno a la densidad y a la substancia del lenguaje, alrededor del uso del idioma, y su reflexión parece gravitar infatigablemente en torno a ciertos lugares de la escritura —para evocar a otra autora venezolana: Victoria de Stefano. Es por la asidua frecuentación de esas cuestiones y no por la combinatoria azarosa de algún estandarte que el lector reconoce en su lección escrita un cierto acento audaz que el lector del ilustre Mariano Picón Salas se atreve a llamar —como acaso diría Gustavo Guerrero— venezolano.

## II

Cuando en agosto de 2005 le fue conferido a Eugenio Montejó (1930) el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo, correspondiente a 2004, el poeta y editor José Luis Rivas, entonces director de la editorial de la Universidad Veracruzana, me reiteró la invitación a preparar para dicho sello una antología de la obra de este alto y sereno poeta venezolano. Acepté a condición de que el libro fuese representativo de las diversas manifestaciones expresivas

en que se ha encauzado la obra de Montejó y a condición, por supuesto, de que éste aceptara.

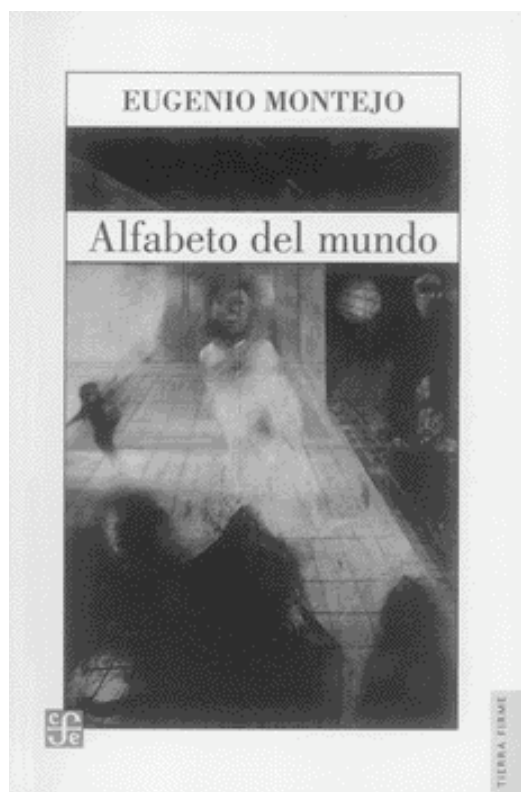
El lector que ha armado este libro ha buscado dar cuenta de la hondura y riqueza de la obra poética del poeta pero también ha sido consciente de que la fase prosística de su empresa y aun la fase por así decir “hablada” (me refiero por ejemplo al género de la entrevista) puede contribuir a arrojar luz inteligente sobre el cuerpo estricto de su itinerario lírico.

La parte primera y substantiva de esta lección antológica en verso y en prosa la constituyen los diversos poemas que Eugenio Montejó ha publicado desde *Algunas palabras* (1976) y *Terredad* (1978) hasta *Alfabeto del mundo* (1986, 2005), *Papirus amorosos* (2002) pasando por *Adiós al siglo XX* (1992, 1997) y *Partitura de la cigarra* (1999), entre otros títulos. Como no es posible tomar una instantánea de un cuerpo en movimiento, no se han podido incluir aquí poemas de *La fábula del escriba* que cierra —según nos dice el poeta— con una intervención generosa del heterónimo Jorge Silvestre quien “esta vez improvisa dos apuntes: uno sobre Reverón y sus muñecos, el segundo sobre Sapos de un verso a otro”.

La maquinaria antológica se fue armando con precisión inexorable. El lector encartó y descartó, barajó y compaginó poemas siempre atento a la incógnita perspectiva general, a la armonía espontánea que iba insinuándose entre los poemas de la primera parte —las cuerdas de la guitarra— y los textos de los otros cinco compartimentos que serían como la caja de laúd y la poética tangente de los poemas incluidos en la primera parte. De hecho, esta lección antológica tiene la forma de un hexagrama. Sus primeros tres tramos comprenden:

1. Los poemas de los diversos libros escritos y firmados por Eugenio Montejó.
2. Las prosas y poemas de los poetas heterónimos (Thomas Linden,<sup>1</sup> Lino Cervantes) que han surgido en su cauda.
3. Los ensayos firmados por Eugenio Montejó sobre algunos temas y autores (José Antonio Ramos Sucre, Juan de Mairena, José Bianco, Octavio Paz, Alejandro Rossi) que figuran una suerte de genealogía o linaje intelectual.
4. Las palabras y discursos circunstanciales que el poeta ha hecho para saludar festivales y agradecer premios —como el Nacional de Literatura o el Octavio Paz.
5. Los ensayos y aproximaciones críticas que el poeta ha escrito para interrogar el misterio de las artes plásticas a través de artistas como Jesús Soto o Alirio Palacios.

<sup>1</sup> Apunto al margen una circunstancia que acentúa la probabilidad de las genealogías imaginarias encontradas por Eugenio Montejó. El poeta heterónimo Thomas Linden es descendiente de un ciudadano sueco, del mismo modo que el poeta peruano, que durante largo tiempo residió en Italia y que acaba de fallecer. Jorge Eduardo Eielson (1924-2006) era, al parecer, hijo natural de un ciudadano noruego o finlandés.



6. Las entrevistas donde habla el cantor, y dialoga *el que dice con el que escucha*.

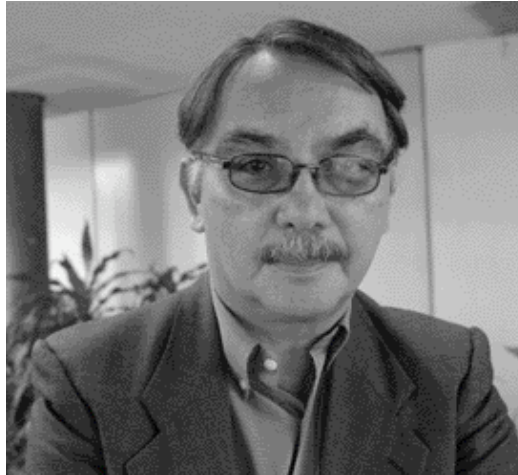
En el caleidoscopio que configura este hexagrama poético, crítico y humano se dibuja una de las fisonomías sensitivas y afectivas, críticas y poéticas que más y mejor interrogan el sueño y el insomnio, la fantasía y la duermevela de nuestro entresiglo. Surge de este *caleidoscopio* de la letra y de la lírica el rostro risueño a veces y a veces pensativo, de una voz fluida e incisiva capaz de interrogar la gramática de la historia y el alfabeto del mundo. Surge de estas páginas, aliñadas siempre por la elegancia y la inteligencia, la partitura rumorosa de un decir poético siempre sorprendente pues que invariablemente lo guía —y alimenta— el enigma perdurable del amor, el tiempo, el mundo y sus incansables alfabetos.

Desde muy joven, el poeta Eugenio Montejo supo que el oficio poético estribaba en re-inventar el lenguaje y el canto. Dio así con una palabra erizada de magnetismo: *Terredad*. El lector que ha armado con parsimoniosa pasión esta maquinaria antológica rumbo a Montejo sólo aspira a compartir y hacer comprender esa *Terredad*.

## III

En una entrevista realizada a Eugenio Montejo en 1990, por Floriano Martins, el poeta oponía “a la misión atribuida al poeta por Mallarmé de purificar las palabras de la tribu” otra misión menos divulgada pero muy nuestra puesto que proviene de los precolombinos. Ellos definían al poeta como “aquel que, al hablar, hace que las cosas se pongan de pie”. El pensamiento poético de nuestra edad intersticial busca espontáneamente la formulación mítica e impone una historia paradójica, mítica, cuya clave está precisamente en el retorno y en la resurrección, en hacer con el bien-decir que las cosas se pongan de pie. Ese bien-decir, esa habla mítica es la del poeta y el enamorado, es la del amoroso artífice que sabe que en el quieto vértigo de la pasión, tan próximo a la orilla instantánea de la muerte, se da una clarividencia capaz de traspasar fronteras, formas, voces...

Resurrección, transfiguración, éxtasis y anastasis: la aventura lírica de Eugenio Montejo se orienta dentro de una familia poética electiva que, dentro y fuera de la len-



Eugenio Montejo

gua, va afirmando un cierto tono americano, un cierto talante reticente: crítico, una cierta propensión a ejercer desde la trinchera de cualquier género, *una vigilancia ética del lenguaje*, una cierta austeridad y una precariedad que se alimentan más de símbolos que de metáforas y que, desde el mito, propone un horizonte arcaico, es decir anterior y posterior al paréntesis de la modernidad. Ése es el lugar del canto desde el cual se dicen los poemas de Eugenio Montejo.

## IV

Cuenta Eugenio Montejo en su “Nueva aproximación a Ramos Sucre” que, tras haber ido a Ginebra a buscar ahí algún rastro de Ramos Sucre, volvió a París con la certeza de haber hecho un viaje fallido. Una vez en París se puso a releer durante varias jornadas la obra deslumbrante del intrépido heraldo. “Al finalizar tarde en la Noche —cuenta el calígrafo— vi en sueños cómo la pared de mi cuarto se volvió una larga pizarra verde. De seguidas entró Ramos Sucre y anotó nerviosamente, para asombro mío: “Yo soy Fausto””.

Traigo al hilo de mi cuenta esta anécdota onírica para sostener a partir de ella un señalamiento: en la mente de Eugenio Montejo la figura de culto que es la de José Antonio Ramos Sucre se asoma a la de ese taumaturgo

Eugenio Montejo propone un horizonte arcaico,  
es decir anterior y posterior al paréntesis de  
la modernidad. Ese es el lugar del canto desde  
el cual se dicen sus poemas.



Eugenio Montejo

intrépido, la de ese aventurero del conocimiento que es Fausto, figura algo teatral que participa de la magia, la audacia y, ante todo, de la sed de saber. Mago, médico, nigromante, chamán, alquimista, actor, Fausto es también un mito, un síntoma del horizonte mítico en que se sitúa el pensamiento poético moderno. No extraña en el sensitivo universo simbólico y crítico de Montejo que estas dos figuras específicas —Fausto y Ramos Sucre— hayan quedado didácticamente asociados —recuérdese la larga pizarra verde— en una clave íntima. No es cosa de fatigar aquí la línea genealógica que puede vincular a José Antonio Ramos Sucre con Eugenio Montejo y más específicamente con el centrípeto Blas Coll. Pero la figura de cosmopolita y bibliopolita nacido en Cumaná y muerto en Ginebra tiene un indudable ascendiente sobre la identidad proteica de Eugenio Montejo por más de un motivo.

Poeta, cantor, purificador de las palabras de la tribu y custodio del idioma y de las palabras, Eugenio Montejo es también un educador de la sensibilidad y del sentimiento. Las estaciones de esa educación suya se pueden distinguir a lo largo de sus libros de poemas y de sus ensayos. Montejo es de la familia de esos poetas que escriben porque tienen algo que decir en cierto modo específico; porque tienen una forma inconfundible de callar y de transmitir su silencio. Sus poemas han nacido de una experiencia personal e histórica, intelectual y ética específica y acaso intransferible. Eso sin embargo no le basta al artífice de las palabras que las cuida y alimenta, las sostiene e impulsa con sabia y morosa decisión. Hay en su lírica un temple alerta, flexible pero metálico. Una veta ética recorre la buena madera de que están hechas sus creaciones, sus juegos vivos. En su trabajo, incesante con la línea categórica del tiempo, Eugenio Montejo se entrega a un torneo de limpieza y destreza. En su taller conviven las sombras de Fernando Pessoa y de Giuseppe Ungaretti; de Giacomo Leopardi y de Lope de Vega, de Francisco de Quevedo y de Gustavo Adolfo Bécquer, de

José Antonio Ramos Sucre y de Juan Sánchez Peláez; de Octavio Paz y de Jorge Luis Borges y entre los brasileños Manuel Bandeira, Murillo Mendes y Cassiano Ricardo. Estos nombres no han sido consignados al azar, forman parte de una familia —es decir de una constelación elegida y predestinada a la que habría que añadir un puñado de otros nombres: José Bianco, Álvaro Mutis, Hernando Valencia Goelkel, Alejandro Rossi, Augusto Monterroso, ellos también guardianes de la pulcritud, ellos también vigilantes del acto humano por antonomasia que es el acto de decir y de escribir.

V

Eugenio Montejo —ese ser colectivo que lleva el nombre de un individuo— no ha perdido las raíces que lo enlazan en lo imaginario, lo simbólico, lo empírico e histórico, con ésa su querencia regional que es la ciudad venezolana de Valencia, ni con su patria media que es *Venezuela*, ni menos con la patria grande que soñaron los primeros americanos que se supieran tales. Esas raigambres inmediatas en la historia y aun la microhistoria literaria le han servido como medio y estribo para afirmar el pie de su palabra en el orden apatrida y cosmopolita que alienta en las letras desde la invención misma de América. Para mí no es casual sino síntoma catalítico el haberme encontrado a ese ser colectivo que lleva el jaspeado nombre de Eugenio Montejo en las calles de Lisboa y en los alrededores —Cascais, Sintra— de esa ciudad tan hospitalaria para el sueño hecho deseo. Ni es fortuito que se me haya aparecido como por arte de magia blanca en la Caracas saudita o en los sótanos galaico-caraqueños donde los compatriotas de Armando Reverón o Alirio Palacios se curan de la insolación mordaz y justiciera del triple sol caribeño —o bien en los jardines del antiguo Hotel Ávila donde al paso lentísimo de una larga conversación íbamos desgranando las sendas perdidas de la métrica irregular y el verso fluctuante castellano bajo los árboles majestuosos de Pedro Henríquez de Alfonso Reyes. Ni es fortuito tampoco el que se hayan leído sus poemas en voz alta, en el aire febril de la Ciudad de México, o en el ambiente húmedo y lluvioso de París, Bélgica, Providence, Medellín, Colombia o Stuttgart, para sólo hablar de lo que me consta. Y es que hay en los poemas y textos escritos por esa persona colectiva llamada Eugenio Montejo quién sabe qué hospitalaria virtud tácita que va sembrando concordia y auroral promesa, limpia de patetismo y de exceso ingobernable. En la mónada imperial de Eugenio Montejo nada es casual y aún cabe pensar que se da una como ley inexorable cuando se reúne a cierta familia de lectores alrededor del poema escrito por su colectiva y creciente persona. **||**